

¿Chile, un país “necrológico”?

Culto a los muertos forma parte de la tradición popular

A una mujer le entregaron el cadáver de su hijo desaparecido, pero luego comprobó que se trataba de otra persona. Entonces lloró e imploró que no se lo quitaran, porque quería venerar en él a su hijo muerto.

La mujer necesitaba tener una muestra palpable del fallecimiento de su hijo. Quería mirarlo para recordar vivencias comunes, llorar sobre su ataúd y enterrarlo de acuerdo a los usos y costumbres.

¿Es Chile un país “necrológico”? como afirmó un alto personero, al referirse al contexto de los casi mil detenidos-desaparecidos que dio cuenta el informe Rettig.

¿Existe en Chile un respeto y un culto exacerbado hacia los muertos, que se expresaría en la institución de las “animitas” y en que, para la mayoría “todos los muertos son buenos”?

Para Licer Viveros, jefe del Departamento de Sociología de la Universidad de Chile, afirmar que Chile es un país necrológico es algo alejado de la realidad.

“Nuestro país tiene un alto grado de vitalidad y la muerte es un componente de ella. No vivimos en función de la muerte, y la dimensión de su culto es graduado por la cultura de los distintos grupos que conviven en el país”.

Pero todos, o casi todos, tememos a la muerte. Por ello, las distintas culturas humanas han desarrollado rituales para incorporarla al proceso natural de la vida, en los que se demuestre el respeto y reconocimiento hacia el que dejó este mundo.

Por ejemplo, entre los esquimales, japoneses o hindúes, y en general en los pueblos orientales, el concepto de la muerte no es algo terrible, es parte de la vida.

Distinta es la realidad en Occidente, donde incluso hablar de ella es tabú. No meditamos mucho en que “somos para la muerte”.

COMO SE ENFRENTA

Los niños enfrentan con naturalidad que el gatito regalón ya no vivirá en la casa.

Los adultos nos negamos a referirnos a la muerte e, incluso, ni siquiera se les dice a los desahuciados que tienen los días contados.

“Cuando sé que alguien va a morir no se lo digo, a no ser que sepa que tiene problemas serios por resol-



Licer Viveros, sociólogo, director de Departamento de Sociología de la Universidad de Chile.

ver, por ejemplo que no está casado y su mujer quedará en la calle. Para qué voy a echarle a perder sus últimos meses de vida”, dice un famoso oncólogo, quien explica que su larga experiencia le ha enseñado que es mejor omitir esa información.

Pero el miedo a la muerte no siempre implica un respeto exagerado. Licer Viveros:

“El respeto a la muerte y los muertos es mayor en medios de extracción popular chilena, donde se hacen grandes esfuerzos por rendirles adecuada sepultura, vestirlos bien y dedicar misas en su memoria”.

Por ejemplo, en zonas rurales y sectores de menores recursos, el velorio se transforma en un acontecimiento social, y dura, a veces, varios días.

“En el campo es común que cuando alguien muera vengan todos los amigos y conocidos. Por eso, en los velorios se sirve abundante comida y trago, se conversa y, además, se recuerda al finado”.

Años atrás se contrataba a “lloronas”, mujeres a quienes se les pagaba, para que con sus gemidos y lamentos a voz en cuello demostraran, por todos, el dolor que provocaba el deceso.

En los sectores acomodados la muerte se toma en medio de calmantes, con mucha discreción, y para pasar la etapa del duelo se visita al sícologo.

Los sectores populares, en cambio, son más expresivos.

Dan rienda suelta a sus sentimientos de dolor y no les preocupa caer en reacciones histéricas.

CORTO RECUERDO

Rendir culto a los muertos ayuda a mantener la identidad étnica y grupal. Por ello, los coreanos leen en los cementerios su árbol genealógico, lo que implica rendir culto a sus antepasados y, a la vez, conservar su identi-



Cerca del Día de los Muertos, los cementerios se llenan de deudos. Durante el año la mayoría de las tumbas permanecen abandonadas.

dad como pueblo.

TRATO EN CHILE

¿Cómo trata Chile a sus muertos?

Cualquier visita al cementerio comprueba que sólo hay flores frescas en las tumbas recién usadas, en los aniversarios y en días cercanos a la celebración del Día de los Muertos.

“El no olvido es un período temporal. Se puede llorar mucho a un ser querido, pero ese sentimiento no pasa de unos meses o una generación. Los nietos casi no recuerdan a sus abuelos e incluso ni siquiera saben sus apellidos. Menos aún visitan sus tumbas”, agrega el sociólogo.

Hay excepciones, por ejemplo, en el caso de los muertos famosos, como Arturo Prat o Bernardo O’Higgins, a quienes se les conmemora y rinde honores como héroes, pero alejados de todo afecto y casi deshumanizados, porque se les presenta como seres excepcionales, perfectos en su heroísmo.

ANIMITAS

Otra excepción son las animitas que pueblan los cami-

nos de Chile. Famoso es “Romualdito”, de quien poco se sabe, pero en quien confían decenas de personas que llegan a rezarle a Estación Central.

Otra famosa ánima es la “Marinita”, una pequeña asesinada a los cuatro años y que desde el Parque O’Higgins ayuda a sus devotos.

“Las animitas corresponden a una especie de santificación laica, a una manifestación de religiosidad popular. Forman parte del folclor y se relacionan con la idea de que las personas que mueren en forma violenta tienen más fuerza como almas. Además, se piensa que los que mueren, aun cuando en vida hayan sido bellacos, al morir son mártires y luego santos”, explica Viveros.

Respecto de los factores que llevan al culto de las animitas, fenómeno más común en sectores populares, el experto dice que ellas están cimentadas en la necesidad de conseguir algo o agradecer algo ya hecho. También al deseo de no desatar su alma vengativa.

Es decir, hay un culto interesado.

Según Licer Viveros, los chilenos tenemos “héroes muertos” y, por lo general,

se considera que todos los difuntos son buenos.

¿Qué explica ese fenómeno?

“Cuando muere alguien cercano, la evaluación deja de ser analítica, objetiva. Para darle legitimidad a la existencia del muerto se entra a no calificar, se omiten sus aspectos negativos”.

Entre vivos es posible descalificar, destrozarse a críticas, pero frente a alguien que no puede defenderse se prefiere el silencio. Se incorpora un concepto de justicia.

“Se cree que al morir lo malo abandona el cuerpo y que el fallecido se transforma en un hijo predilecto de Dios. Además, la gente se siente culpable si lo critica”.

DESAPARECIDOS

Pero distinta es la situación de los familiares de los detenidos desaparecidos, quienes por más de una década han golpeado puertas y removido toneladas de tierra buscando sus restos. Ellos, mientras reciben el apoyo de diversos sectores, también han sido duramente criticados por quienes dicen que sólo remueven antiguas heridas.

Para Licer Viveros, esas peticiones obedecen a una reacción normal, razonable.

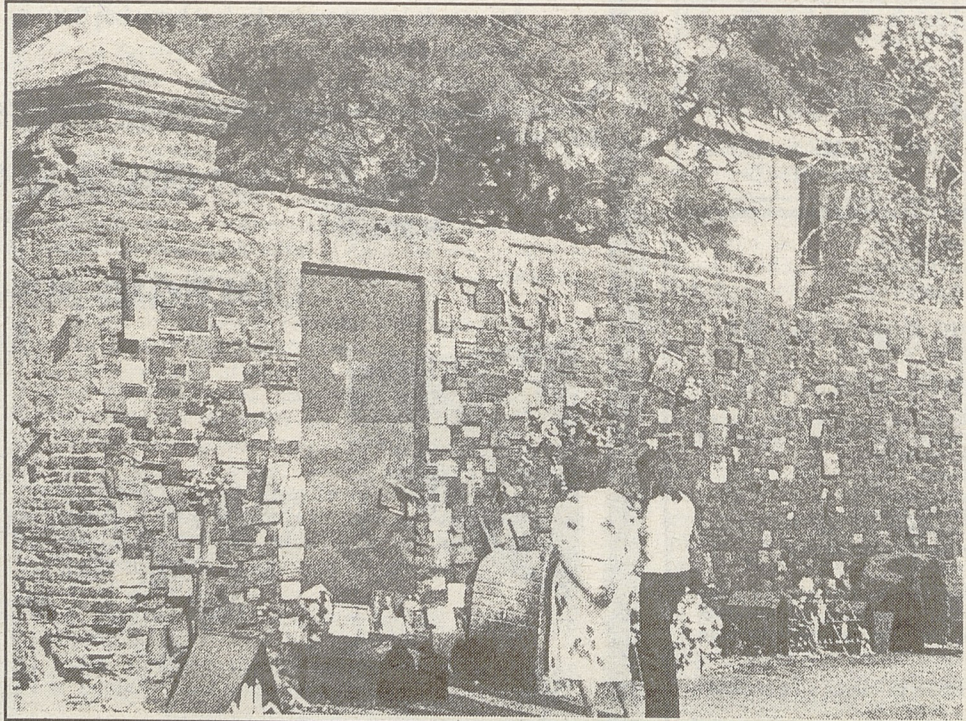
“Es lógico que ellos quieran saber dónde están sus familiares y darles sepultura de acuerdo a la tradición. No podemos como sociedad aceptar que alguien desapareció y nunca más se supo de su cuerpo”.

Además, muchos creen, a veces inconscientemente, que el desmembramiento del cuerpo implica que éste no descansa.

“A veces se piensa que la persona que no se enterra puede penar eternamente y ello atemoriza a la gente”.

Licer Viveros agrega que por mucho que hoy no se lleve luto por los deudos y no se veneren por largo tiempo su memoria, la afectividad que implica una muerte no puede ser omitida.

“Sería frívolo pensar que alguien murió y hasta aquí no más llegan los afectos. También importa saber cómo murió, si sufrió, quién lo acompañaba. Es un componente que ayuda a la resignación y tiende a aminorar los sentimientos de culpa, si existen”, puntualiza.



Romualdito, de quien se dice murió en un asalto callejero, es una de las animitas más populares de Chile. Decenas de lápidas de agradecimiento testimonian el agradecimiento de sus devotos.